

AGUSTÍN DÍAZ PACHECO

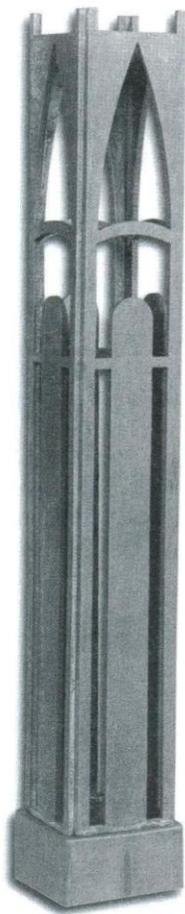
El espejo interior

Ascendente / C. León Viera

El título es el blasón de las formas, y dicha cualidad emblemática se acentúa aún más cuando se accede al difícil universo de la escultura, donde las manos se tornan en coreografía y nos hacen acceder desde la visión interior para realzar simbólicamente el exterior. La alquimia del artista, su concepción de la existencia, se legitima en el atrevimiento, dado que sin transgresión no es concebible un arte diferenciado porque entonces lo que acaecería es la roma

unidimensionalidad del tópico. Y he aquí la grandeza del artista, del creador, porque no tendrá la certeza absoluta, se moverá entre dudas, hasta que empuñe una idea y avance hacia la meta que se ha impuesto.

Lo que se me antoja al contemplar, en el silencio del espacio, las variadas piezas de metal y un pórtico de madera que parecen entrelazar la adustez del románico y el carácter ascendente del gótico, es determinada sensibilidad que ingenia desde el paso previo de la poesía del reencuentro. Me refiero a la imaginería inaugural que se define en *Ascendente*. Dos formas de habitar el espejo interior en el cual se refleja la memoria, el equilibrio místico, la danza mágica de las manos y la historia de la mirada. Se trata, evidentemente, de los misteriosos laberintos del artista creador, de la arquitectura



que brota desde el confin de los propios sueños. Un espejo donde no sólo se refleja lo circundante sino mediante el cual se absorbe y metamorfosea el palpito de una existencia contradictoria que trata de rodearnos y volvernos genuflexos y vulgares.

Es a través de la semilla hundida bajo la capa inerte de la superficie y las raíces invisibles en su aspiración de asir la bóveda celeste, donde pueblan los soportes del espíritu. El universo subterráneo y la aspiración trascendente se complementan hasta formar otra dimensión: la tierra y el cielo; nuestro aposento y nuestra imaginación. Una recta que no se escinde sino que se hace continua. Y es el arquitecto interior, mediante su capacidad proteica, el que hace posible la belleza que tiene por afluyente el origen de una necesidad irrenunciable: el arte, el mismo que obtiene su traducción en la escultura, como es la evidencia presente que invita a reflexionar.

Encontramos en *Ascendente* el suelo y el techo. El suelo y el techo, al igual que los versos de Paul Eluard, recogidos por Gaston Bachelard en su obra *La poética del espacio*:

*Cuando las cimas de nuestro cielo
Se reúnan
Mi casa tendrá un techo.
Dignos de vivir*

Toda obra surgida de la voluntad de mutar una realidad o de rescatar espacios de historia, surge del espíritu, de la fuerza que convoca a la danza de las manos, y no quedará atrás la pasión, la mística vuelta metal, el útero candescente y superior del fuego, la fuerza que posibilita la forja y el yunque, hasta hacerse expresión espiritual que evoca el misterio oculto de quien domestica la madera o el metal y sabe artizar rectas y curvas como quien lee en el horizonte de sus sueños y encierra al mismo amanecer en la mirada.